



## LA CONCIENCIA: SUS LÍMITES Y SUS CONFINES

Paul Ricoeur (1913-2005)

Desde siempre se cuestionaron las más antiguas civilizaciones qué sucedería después de la muerte, y si cuando esta vida acabase, habría algo más; si nuestra conciencia de existir cesaría radicalmente o pasaría a un nuevo estado o dimensión: las religiones hablan de otras vidas, de inmortalidad, de reencarnaciones, o de fusiones con la totalidad. En todas las respuestas gravita la pregunta por la identidad y sus límites. El lema del frontispicio de Apolo —*conócete a ti mismo*— se alza como una tarea de vida para el pensamiento filosófico desde sus primeras etapas, y sin duda no se comprendió simplemente como una recogida sobre uno mismo, sino como el camino de exploración legítimo para ahondar y concebir la vida con todas sus contradicciones, sus inaplazables vínculos y sus horizontes.

En la modernidad el orden físico, entendido como *res extensa* y como una realidad material, mecánica e inerte, se fue separando radicalmente del mundo del *cogito*, de la conciencia, que trazaría como autónomo el ámbito del psiquismo con todo ese océano intangible e íntimo que fue configurando la subjetividad en todos sus planos, desde el más puramente cognitivo, hasta el más sensible y afectivo; desde la conciencia moral más disciplinada, hasta el delirio más dislocado respecto a lo real. Desde esa conciencia moderna se fue atesorando el problema de la *ipseidad*, del sí mismo y la identidad, y se enarboló la relación con los otros como otros sujetos a través de la idea de la intersubjetividad. Desde diversos conceptos como el de yo o sujeto, esa conciencia de sí tuvo que lidiar tanto con la dinámica temporal y los cambios que implicaba, como con la permanencia de la identidad y la mismidad, y en todo momento su relación con los demás y con el entorno implicaba compromisos, responsabilidades, afectos y reformulaciones del proyecto y del sentido.

El filósofo francés Paul Ricoeur (1913-2005) defendió con nitidez la idea de una identidad narrativa, que era capaz de asumir esas tensiones y paradojas. El primer artículo nos presenta este tema central de la antropología ricoeuriana, diferenciando la *ipseidad* de la mera mismidad objetiva, y plantea la pervivencia del sujeto como un *quién*, que gracias a su dimensión narrativa no se reduce a una ilusión en un proceso cambiante y, de otro lado, es capaz de asumir compromisos y establecer promesas que implican una relación activa con el flujo temporal. El segundo artículo también se ocupa de Ricoeur y la relevancia que otorgó a la idea de hábito desde su primera obra. Frente a una idea ingenua de libertad apela a la presencia del hábito en nuestras acciones, pero, siguiendo a Ravaisson, deslinda el hábito de un procedimiento mecánico, vinculándolo a una idea de libertad encarnada y que parte de las mismas determinaciones y acciones reales del sujeto.

Su propuesta salva del miedo de «naturalizar» al sujeto o mermar su libertad al admitir el hecho ineludible de la dimensión habitual en la vida humana. El cuarto estudio también está dedicado al filósofo de Valens, tratando el tema del *agápe* en su concepción cristiana como alternativa a los procesos de reconocimiento mutuo que implican lucha, y en diálogo y distancia con la tradición clásica griega (en los conceptos de *eros* y *philia*).

El amplio espectro hermenéutico desde donde se desarrolló la obra de Ricoeur en diálogo con los clásicos, el cristianismo, el pensamiento moderno, las diversas ciencias sociales, etc., ofrece un punto de partida idóneo para enmarcar el resto de trabajos seleccionados. Así el quinto artículo indaga la idea cristiana de persona en sus notas de mismidad y unicidad, frente a las lógicas de la identidad y la sustancia. Dos artículos abordan el tema de la inmortalidad personal, el tercero lo hace en las religiones abrahámicas y cotejadas con propuestas actuales, concluyendo que no es defendible ninguna tesis de la inmortalidad desde una concepción corporalista de la persona. El cuarto expone el tema desde el cosmismo ruso y sus sugerentes aportaciones que pueden establecer un diálogo con la posmodernidad y la sociedad actual. El último artículo y el primer estudio nos recuerdan la rica exploración del tema de la conciencia que ocasionó el hallazgo cartesiano del *cogito*; el primero de ellos defiende que hay una idea de mente consciente en Spinoza (*homo cogitat*), pero que se distancia de la visión inatista cartesiana, trazando una conciencia que no es del todo ni siempre clara a sí misma. En esta línea el primer estudio indaga la teoría de la conciencia en Leibniz y el papel de las (plural) percepciones inconscientes (*petit perceptions*). La indagación de la subjetividad no se ceñirá a lo largo de la historia de la filosofía a lo cognitivo, siendo en todo caso un campo central; el aspecto relacional, el afectivo, los sentimientos morales principales y la cuestión de la diferencia entre lo real y lo imaginado, por nombrar sólo algunos de ellos, serán vectores centrales de toda indagación antropológica amplia. El sexto artículo trata el sentimiento de la culpa y su pasividad junto a el momento disruptivo que supone el perdón. El segundo estudia las críticas a la intersubjetividad en Husserl, que lejos de una liquidación de la propuesta husserliana permiten abrir la fenomenología a una ontología de lo social y la cultura. En este sentido, el segundo estudio expone la noción de «empatía reiterada» (*iterierter Einfühlung*), que abre, más allá de las propuestas de Theodor Lipps, a una comprensión y acogida del otro y las vivencias ajenas. El quinto estudio nos presenta una panorámica del tratamiento de la afectividad, desde el tratamiento clásico de la primera modernidad, en Vives, Descartes o Hume, hasta pensadores contemporáneos como Remo Bodei o J. A. Marina. El sexto estudio aborda un tema hoy poco tratado como es el de la pureza y el pudor, en la obra de Leonardo Polo. El elenco de estudios se cierra con un estudio tipológico de los delirios en la moderna filosofía de la mente, defendiendo el enfoque *doxástico* frente al *imaginístico*, pues asume los delirios como «creencias» no como meros estados mentales. No obstante, deja desafíos abiertos para la consideración de esta cuestión fundamental de la psicopatología. Para la consideración de la conciencia, sus confines, sus misterios, sus límites y ante todo en su ineludible presencia discontinuo, asumir que desde ella nos abrimos y construimos lo real, pero también lo irreal, es siempre un toque de atención para seguir explorando nuestra subjetividad, en su grandeza, en sus límites... y en su fascinante misterio.

Ricardo PINILLA BURGOS  
Director de PENSAMIENTO